

Hoy es Navidad

¡Que hermosos son sobre las montañas los pasos del que trae la buena noticia, del que proclama la paz, del que anuncia la felicidad, del que proclama la salvación y dice a Sión: “¡Tu Dios reina!”.

¡Escucha! Tus centinelas levantan la voz, gritan todos juntos de alegría, porque ellos ven con sus propios ojos el regreso del Señor a Sión. ¡Prorrumpen en gritos de alegría, ruinas de Jerusalén, porque el Señor consuela a su Pueblo, él redime a Jerusalén! El Señor desnuda su santo brazo a la vista de todas las naciones, y todos los confines de la tierra verán la salvación de nuestro Dios (Is. 52, 7-10).

*Canten al Señor un canto nuevo,
porque él hizo maravillas
su mano derecha y su santo brazo
le obtuvieron la victoria.
El Señor manifestó su victoria,
reveló su justicia a los ojos de las naciones:
se acordó de su amor y su fidelidad
en favor del pueblo de Israel.
Los confines de la tierra han contemplado
el triunfo de nuestro Dios.
Aclame al Señor toda la tierra,
prorrumpen en cantos jubilosos.
Canten al Señor con el arpa
y al son de instrumentos musicales;
con clarines y sonidos de trompetas
aclamen al Señor, que es Rey.
Resuene el mar y todo lo que hay en él,
el mundo y todos sus habitantes;
aplaudan las corrientes del océano,
griten de gozo las montañas al unísono.
Griten de gozo delante del Señor,
porque él viene a gobernar la tierra:
él gobernará al mundo con justicia,
y a los pueblos con rectitud (Sal. 98).*

*Después de haber hablado antiguamente a nuestros padres por medio de los Profetas, en muchas ocasiones y de diversas maneras, ahora, en este tiempo final, Dios nos habló por medio de su Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas y por quien hizo el mundo. El es el resplandor de su gloria y la impronta de su ser. El sostiene el universo con su Palabra poderosa, y después de realizar la purificación de los pecados, se sentó a la derecha del trono de dios en lo más alto del cielo. Así llegó a ser tan superior a los ángeles, cuanto incomparablemente mayor que el de ellos es el Nombre que recibió en herencia.
[¿Acaso dijo Dios alguna vez a un ángel : Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy ? ¿Y de qué ángel dijo : Yo seré un padre para él y él será para mi un hijo ? Y al introducir a su Primogénito en el mundo, Dios dice: Que todos los ángeles de Dios lo adoren. Hablando de los ángeles, afirma: a sus ángeles, los hace como ráfagas de viento ; y a sus servidores, como*

llamas de fuego. En cambio, a su Hijo le dice : Tu trono, Dios, permanece para siempre. El cetro de tu realeza es un cetro justiciero. Has amado la justicia y aborrecido la iniquidad. Por eso Dios, tu Dios, te ungió con el óleo de la alegría, prefiriéndote a tus compañeros. Y también le dice : Tu, Señor, al principio fundaste la tierra, y el cielo es obra de tus manos. Ellos desaparecerán pero tú permaneces. Todos se gastarán como un vestido y los enrollarás como un manto : serán como un vestido que se cambia. Pero tú eres siempre el mismo, y tus años no tendrán fin.] (Heb. 1, 1-4 [5-12]).

Al principio existía la Palabra, y la Palabra esta junto a Dios, y la palabra era Dios. Al principio estaba junto a Dios. Todas las cosas fueron hechas por medio de la Palabra y sin ella no se hizo nada de todo lo que existe. En ella estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no lo percibieron.

Apareció un hombre enviado por Dios que se llamaba Juan. Vino como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. El no era la luz, sino el testigo de la luz.

La Palabra era la luz verdadera que, al venir a este mundo ilumina a todo hombre. Ella estaba en el mundo, y el mundo fue hecho por medio de ella, y el mundo no la conoció. Vino a los suyos y los suyos no la recibieron. Pero a todos los que la recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios. Ellos no nacieron de la sangre, ni por obra de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino que fueron engendrados por Dios.

Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros. Y nosotros hemos visto su gloria, la gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad (Jn. 1, 1-14).

La dimensión universal de la Navidad

Los textos de hoy nos acercan a la dimensión global, al sentido amplio y profundo de la Navidad. Nos hablan del significado de la Navidad para el mundo todo y para la humanidad entera. Vamos hacia atrás en el tiempo, hasta antes del tiempo mismo, y hacia lo que la Navidad implica para hoy y para el futuro mismo del universo y la humanidad.

Se inicia la celebración con las palabras de aliento de Isaías, palabras que ven lo que viene, lo que ha acontecido. Canta la victoria de la misericordia divina: *¡Tu Dios reina! (Is. 52, 7)* y desplaza nuestra atención hacia el que canta esa buena noticia: *¡Qué hermosos son sobre las montañas los pasos del que trae la buena noticia! (Is. 52, 7)*. Un repique de campanas, una bendición para los que están atentos a lo que viene, a la obra de Dios a favor del pueblo necesitado de consuelo.

Tanto el profeta como el Salmo nos exhortan a cantar con alegría. Se proclama una realidad que nosotros creemos que ya se ha realizado y continua realizándose. Se muestran, se revelan: la justicia, la bondad y la fidelidad de Dios que se expresa hacia la casa de Israel y que se mostrará también a todos los pueblos de la tierra.

También la carta a los Hebreos nos brinda esta dimensión salvífica universal: *Después de haber hablado antiguamente a nuestros padres por medio de los Profetas, en muchas ocasiones y de diversas maneras, ahora en este tiempo final, Dios nos habló por medio de su Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas y por quien hizo el mundo (Heb. 1, 1-2).*

Afirma que el niño es Dios, la representación cabal del ser del Padre, quien sostiene la creación, la historia, todo lo viviente. A la vez el Hijo obedece a la voluntad del Padre y viene a salvar, purificar y reinar. Hay una relación de intimidad, libertad, amor y comunión entre el Padre y el Hijo. Él es la Palabra de Dios pronunciada en la creación, transmitida a través de los profetas y de toda la revelación divina. Palabra que ahora se pronuncia en la carne para brindar vida nueva a todos.

El canto del evangelio

El evangelio de Juan canta a Dios, Dios que hoy nos habla en un lenguaje nuevo: una persona, un ser humano, un bebé, carne mortal que es divina. Habla el lenguaje del amor a través del texto que es poesía, que se manifiesta cuando es proclamado, anunciado públicamente. El significado de las palabras se hace más pleno y completo cuando se las pronuncia en voz alta. Así se evocan imágenes y sentimientos que transforman la vida y las relaciones de los unos con los otros. Es el lenguaje de la buena noticia de Jesús, el habla del Evangelio.

Juan nos lleva hacia atrás, hasta antes de la creación y del tiempo, hacia Dios en cuanto Dios. Luego procede hacia este tiempo, el nuestro, cuando Dios viene hacia nosotros y se hace uno de nosotros. La palabra se hace presente a través de nuestras palabras, la Palabra –Dios mismo– se hace rostro entre nosotros, su presencia de amor se hace presente y partícipe de nuestra humana realidad.

Esta presencia está estrechamente relacionada con la cruz, con el sufrimiento y la muerte, con la destrucción de la carne Dios y del silenciamiento de su Palabra. Es un don nuevo, una entrega nueva en una alianza nueva. Dios está ahora con nosotros, nos brinda la vida nueva en su resurrección. Celebramos que Dios está entre nosotros; planta su carpa, su tienda, entre nosotros, este es el día de la victoria a de Dios en amor sobre el pecado, la muerte y el mal. Lo es porque la Navidad comprende e incluye la crucifixión y la resurrección del Señor.

La nueva tienda

Dios ha entrado en este mundo nuestro y habita entre nosotros. Se ha hecho persona humana, uno de nosotros, nacido de María la virgen, concebido en su vientre y dado a luz en un pesebre en Belén. La tienda de Dios es humanidad, habita aquí en nosotros y entre nosotros.

Dios nos ha visitado y siempre se ha preocupado por nuestro bienestar y nuestra calidad de vida. El testimonio de la Biblia nos habla de profetas, jueces, sacerdotes, reyes, a veces de amenazas y mucho del don de la libertad, de la promesa de una tierra, que es una forma de pertenencia arraigo. Hoy la historia se abre nuevamente, Dios entra en esta historia, una joven de fe es nido de Dios entre nosotros, cobija en su seno a Dios entre nosotros. Los seres humanos, hombres y mujeres, somos la vivienda de Dios sobre la tierra. La gloria de Dios está rodeada de carne y sangre, de nervios y huesos, de tejidos y sentidos. Como Dios estuvo al comienzo, lo está ahora, se revela, se expresa, se ve y toca, entiende y comprende, aunque no lo logremos por completo. Es para creer, para hacer de ello memoria en todos los seres humanos de nuestro mundo, para dar sentido y jugarnos la vida por ello. En Jesús vemos a Dios cara a cara, él es Emmanuel: Dios con nosotros.

Frente a la esperanza

Dios envió su Hijo único y amado, lo envió para recordarnos a nosotros y a todos: nuestra dignidad, alegría y libertad como creados a imagen y semejanza de Dios. Esta es nuestra propia gloria, la que celebramos hoy. Recordar quiénes somos, quién es Dios que se ha hecho uno de nosotros, humano y divino, en su Palabra: Cristo Jesús. Sigamos los pasos de su amor, acercándonos a Dios de corazón y también acercándonos los unos a los otros, creyentes y no creyentes, como Dios mismo se ha acercado a nosotros. Como nos dice Juan: *La Palabra era la luz verdadera... todos los que la recibieron, a los que creen en su Nombre, le dio el poder de llegar a ser hijos de Dios (Jn. 1, 9 y 12)*. Esta es la Navidad hoy.